

alergias

CARDIJN no se planteó, al principio de su carrera apostólica, la idea de promover un laicado. El lo único que intentó es darse cuenta de aquello que años más tarde señalaba Pío XI: «Nos enfrentamos con un mundo que, en gran parte, ha caído en el paganismo». El Evangelio resulta impermeable a muchas personas y no únicamente del mundo obrero. Se notan síntomas alarmantes en el mundo universitario también. Hay núcleos, más o menos extensos, que viven al margen de la enseñanza de Cristo; sus normas y sus valores no son los de Jesús.

Y no sólo por el fondo de la cuestión. Sino porque el lenguaje del mundo obrero está en los antipodas de nuestro lenguaje culto y *snob*, y, sobre todo, se siente alejado del lenguaje religioso que hemos adquirido en los manuales de religión (lo mismo los seglares que los clérigos): «Se ha hecho un "ghetto" aparte con el lenguaje teológico», afirma monseñor Guerry.

Y monseñor Ancel, el obispo-artesano, denuncia con dolor este hecho: «Tengo la impresión que de 100 palabras religiosas hay 80 que se desconocen. Y las otras 20 han adquirido un sentido diferente del que la Iglesia les da».

¿No es esta reforma de nuestro vocabulario la que exige también el Concilio? Si esto no se hace, no habrá «puesta al día», como quería Juan XXIII; y no podremos atraer a nadie con nuestras predicaciones arcaicas y sin sentido para la gente.

SE acaba de traducir al castellano la última obra de Cardijn, que recoge lo más importante de su pensamiento. Pero de un pensamiento forjado en la acción apostólica, no una teoría a priori bellamente pergeñada detrás de una mesa llena de libros.

En esta obra se percibe el mismo aliento que he recogido en las intervenciones conciliares de numerosos obispos, que están en estrecho contacto con la realidad.

El hombre cristiano no es un ser dividido: su misión humana y cristiana están unidas, y aunque estas misiones dependen de distintas autoridades que organizan su desarrollo —la autoridad civil y la autoridad eclesial—, son, sin embargo, una sola. «En el verdadero cristiano, tanto la misión humana como la misión cristiana son una y, además, resultan inseparables, y ambas son enteramente apostólicas».

Hace años se concebía al seglar —hombre o mujer— por muchos eclesiásticos como una especie de sacristán del clero, o peor todavía: como un simple monaguillo. El tenía que acometer todas las tareas auxiliares en el templo: ayudar a la Misa, pasar la colecta, repartir hojitas de propaganda y limpiar los altares. Ninguna de estas acciones eran un desdoro ciertamente, pero suponían un falseamiento de su misión más específica como apóstol seglar en la Iglesia y en el mundo.

Para evitarlo de una vez hay que hablar —como Cardijn— de que «toda misión humana, iluminada por el plan de Dios, y animada por su gracia... es un apostolado propio, esencial, irremplazable y primordial».

El médico que actúa desinteresadamente, la madre de familia que educa a sus hijos y atiende carifiosamente a los que le rodean, el sabio que investiga inquieto por el futuro de la Humanidad, el obrero o el industrial que piensa seriamente en el servicio que debe prestar a la sociedad, son verdaderos apóstoles del testimonio cristiano. «Hay que insistir hoy en el valor apostólico de la misión humana de cada laico cristiano», afirma el nuevo cardenal.

HOY, que a veces se duda de la conveniencia de los apostolados especializados (obrero, universitario, rural, intelectual...), debemos pensar lo que significa que su mayor defensor haya sido elevado a la púrpura cardenalicia. Pablo VI lo ha reconocido así con toda claridad, y quienes vacilan en nuestro país, o fuera de él, sobre la conveniencia y legitimidad de estas formas de apostolado, deberían releer al Papa.

El Pontífice habla del «éxito» de «la fórmula del apostolado del medio social a través del mismo medio» y cree que «el honor que hoy se tributa al cardenal Cardijn, repercute en cierto sentido sobre toda la Acción Católica».

Quien, como dice el Papa, intenta «hacer presente y activa a la Iglesia en todos los medios obreros», no ha caído en una acción puramente económica, o social, o política, sino que todavía está haciendo apostolado y del más genuino y mejor, porque lo hace a modo de testimonio con sus propias vidas, encarnadas en el medio social en que vive y sin arredrarse por comprometerse cristianamente con sus compañeros de trabajo y a favor de ellos. La novela de Van der Meerseh «El coraje de vivira», será un ejemplo de ello, vivido e impresionante. Como decía Pío XII: «Lo que necesita, sobre todo, la Iglesia es testigos más que apologistas». Y eso intentan hacer los movimientos de apostolado obrero fundados, o inspirados, por Cardijn.

El clericalismo queda definitivamente superado con su postura, consagrada oficialmente en el Concilio Vaticano II: «A los laicos les pertenece por vocación propia buscar el reino de Dios, tratando y ordenando los asuntos temporales, según Dios». Y este apostolado, que procura «sanear las estructuras y ambientes del mundo», es un apostolado encarnado, de la existencia cristiana, «que incumbe absolutamente a todos los fieles». No es algo que deriva de la Jerarquía como si fuese una concesión suya, sino que es una exigencia de la misma fe cristiana, como dijo monseñor Ancel al Concilio. De tal manera es esto así que «toda la vida del cristiano es apostólica y no tiene nadie necesidad de salirse de la vida para ser apóstol... La defensa y promoción de los valores humanos son la realización de la voluntad de Dios; y así ocurre que los no-creyentes, cooperando con los cristianos en esa realización, encontrarán el Evangelio a través de sus vidas» (cardenal Duval).

Este es el mensaje de Cardijn al mundo obrero, aceptado hace unos días plenamente por la Iglesia jerárquica universal, representada por el Papa, que es su cabeza visible.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

CRISIS de estornudos violentos, obstrucción de fosas nasales, dolor de cabeza y ojos enrojecidos que no soportan la luz, son los síntomas de la llamada fiebre del heno, debida a una sensibilidad especial o alergia al polen de las plantas, especialmente de las gramíneas (trigo, arroz, cebada, centeno, etc.), de las urticáceas (ortiga, parietaria, etc.) y de las compuestas (plantas ornamentales de diversas clases). Esta molestísima rinitis alérgica es, naturalmente, periódica; es decir, que coincide con la época de la floración que va desde el mes de marzo a junio, aproximadamente, aunque ciertamente síntomas análogos aun cuando menos violentos pueden experimentarse en cualquier mes del año cuando exista alergia a sustancias diferentes de los pólenes, por ejemplo: pelos de animales, vellones de colchones y almohadas, polvo de la casa o también por causa de determinados alimentos que, aun sin tener contacto con las vías nasales, desencadenan la reacción alérgica de la nariz. Las crisis, por lo general, aparecen por la mañana y duran algunas horas, repitiéndose varias veces en el transcurso de la jornada, dejando a veces al paciente verdaderamente cansado por su violencia.

¿Por qué se llega a ser alérgico? Frecuentemente existe una predisposición constitucional, o bien hay que buscar el motivo en el hígado, que no funciona bien y, a veces también, en el sistema nervioso, como demuestran las salvoas de estornudos que se producen al ver, simplemente, una flor artificial o un campo florecido reproducido en un cuadro o en un escenario teatral. Ciertas alteraciones nasales, como desviación del tabique, pólipos, infecciones y los cambios de tiempo o de estación tienen también su parte de responsabilidad en la aparición de la crisis.

Al repetirse éstas, la mucosa nasal va perdiendo, poco a poco, su capacidad de recuperación y la molestia tiende a convertirse en crónica y a complicarse con una sinusitis; los estornudos van siendo menos frecuentes y menos violentos, pero la obstrucción nasal se va acentuando, bien de un solo lado o alternando entre ambos lados, advirtiéndose una sensación de tirantez en la cara. Posteriormente se pueden formar pólipos nasales, las obstrucciones se convierten en permanentes y ya no se perciben los olores, en tanto que las crisis de estornudos, casi siempre, desaparecen.

Cuando la rinitis alérgica se debe a una sustancia determinada, ya sea polen, polvo o alimento, existen dos modos de atacarla: evitar el contacto con la sustancia o bien efectuar un tratamiento desensibilizante. La primera cosa no es fácil ya que exigiría cambiar de región en el caso de los pólenes o vigilar cuidadosamente las comidas en el caso de un alimento. Lo segundo consiste en una serie de inyecciones de la sustancia a la que se atribuye el origen de la enfermedad, en dosis crecientes progresivamente, que son necesarias para reducir la sensibilidad para con la propia sustancia (poco más o menos lo que hacía Mitridates para inmunizarse contra los venenos). Para determinar la sustancia para la que se es alérgico, es preciso proceder por tanteos; es decir, realizar varias "cutirreacciones" depositando sobre la piel del brazo, previamente raspada, una gota de un extracto del polen A, otra del polen B o bien de pelos de animales o de alimentos, para ver alrededor de cuál de las gotas se produce un enrojecimiento que, precisamente, revelará la sensibilidad.

Puede darse el caso, sin embargo, de que esta determinación no se logre y, entonces, no queda otro recurso que tratar de reducir la sensibilidad del organismo de un modo genérico. Esto se logra de diversas formas: inyecciones de caseína o de leche, autohemoterapia, administración de cortisona, calcio y magnesio. Finalmente, puede tratarse de actuar localmente sobre la mucosa nasal aplicando allí anti-istamínicos, cortisona, etc., aun cuando exista el peligro de provocar a largo plazo una rinitis que se sobrepondría a aquella que se pretendía combatir.

PROF. DI AICHELBERG